

SUIZA

La Agricultura Evoluciona con Imaginación

¿Puede También Chile?

Patricio C. Parodi P.
pcparodi@puc.cl
Departamento de Ciencias Vegetales

La agricultura chilena está dando señales de haber entrado en un ciclo depresivo, o al menos de haber perdido el ímpetu que se le había observado desde mediados de la década de los años 80. Por ejemplo, la superficie sembrada con especies anuales en 1999/2000, fue de 793.480 ha, un 65% de la superficie ocupada por estas mismas especies en el año 1986/87 (1.221.209 ha). De hecho, las más recientes versiones de prensa indican que el (canola) raps podría desaparecer del todo a muy corto plazo.

Las razones y argumentos que se esgrimen para explicar la situación general son numerosos. Se menciona, por ejemplo, el valor del dólar, la pérdida de competitividad por incrementos en los costos de producción, políticas erradas, convenios bilaterales o

multilaterales, falta de previsión, carencia de imaginación, etc. Respecto a los aceites vegetales, la importación de mezclas de aceites, especialmente de Bolivia, libres de salvaguardias aduaneras, sería la principal razón de la dificultad por la que atraviesan las especies oleaginosas chilenas. No es fácil recoger una de estas o de las muchas otras líneas de pensamiento vigentes y tomarla como verdad absoluta. Lo más probable es que el problema sea multifacético. No se resuelve con soluciones simplistas ni dramáticas. Se requiere un debate sereno y maduro.

El objetivo de este artículo es presentar, con el ejemplo de Suiza, instancias en que problemas similares se han enfrentado con decisión y visión de futuro. Poner a Suiza como ejemplo no es fortuito. Los chilenos a veces nos preciamos de que la zona de los lagos es la “Suiza de América del Sur”, donde habitan parte de los “in-

gleses” de América del Sur.

Suiza es una nación pequeña, encerrada en el corazón de Europa, ausente voluntaria por decisión popular de la Comunidad Europea, con una superficie de sólo 41.293 km². Sus principales fuentes de ingreso son generadas por un sector industrial altamente desarrollado que produce bienes tales como maquinaria, textiles, productos químicos, relojes y alimentos procesados, por un sector de servicios bancarios y de seguros, y por el turismo.

Menos del 5% de sus 6,5 millones de habitantes pertenecen a la población agrícola. A pesar de ello, Suiza alcanza un alto nivel de autosuficiencia alimentaria, de aproximadamente el 100% en productos lácteos, 83% en carne, y 80% en cereales panificables. El valor de toda la producción agrícola suiza alcanzaba en 1991 más de 9 mil millones de dólares, a los cuales la carne y otros pro-



ductos animales contribuían con alrededor del 75%. El país exporta anualmente alimentos por alrededor de 870 millones de dólares. Adicionalmente, un factor generalmente ignorado debe ser subrayado: Los agricultores suizos no sólo producen cantidades significativas de alimentos humanos y animales, sino que además, al hacerlo, le dan forma y cuidan de un atractivo paisaje rural. Es imposible darle un valor monetario a este bien, el cual provee una fuente vital de recreación y gozo tanto para los suizos como para los turistas.

A medida que los mercados para productos tradicionales como leche, trigo o azúcar se han ido saturando, el gobierno suizo ha introducido un sistema de cuotas basado en cantidad de alimentos producida y/o superficie sembrada. Como resultado, algunos agricultores se han aventurado en empresas alternativas como huertos de kiwi, plantas medicinales, flores alpinas, o cría de ciervos, conejos, peces o pavos. Los mercados para estos productos son limitados, o tienen que ser cuidadosamente establecidos. Pocos de estos productos alternativos atraen subsidios gubernamentales; en consecuencia, para poder producir, los agricultores deben distinguirse de sus competidores, por ejemplo, ofreciendo calidad excepcional. Esto último no es muy diferente de lo que le ocurre a muchos productores chilenos, que han debido usar su imaginación para innovar y subsistir, recurriendo a técnicas de última generación para desarrollar productos exportables novedosos y de calidad. La gama de estos productos es finita, como también lo son sus mercados, y en muchos casos se enfrentan a políticas proteccionistas, explícitas o no, que son difíciles de superar.

Por otra parte, los precios de los alimentos en Suiza están entre los más altos de Europa. Los consumidores reclaman que la carne, leche, y muchos otros alimentos básicos son más baratos en los países vecinos, Alemania, Francia, Austria o Italia. Aunque esto es verdad, se omite mencionar el hecho de que los sueldos de los suizos son, también, de los más altos de Europa. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, la familia

suiza promedio gastaba cerca del 25% de su ingreso en alimentos; en 1990 esa cifra había bajado al 12%. No obstante, el público no está preparado para pagar más y más por alimentos que son excedentarios en el mercado europeo.

Esta es una situación de la que Chile no está libre. Con frecuencia se habla de lo inconveniente que resulta producir trigo existiendo un vecino como Argentina que lo produce más barato. El mercado nacional de las oleaginosas se ha visto deprimido por un convenio bilateral con Bolivia; si se discute la introducción local de soya, se recuerda la magnitud de la producción brasileña, boliviana o paraguaya; el maíz podría también importarse de Argentina, el azúcar de Brasil. De hecho, la participación de Chile en el MERCOSUR es seriamente cuestionada por el sector agrícola. Las conversaciones iniciadas respecto al posible ingreso del país al NAFTA provocan estas mismas aprensiones, y aún peores si se tratara sólo de un acuerdo bilateral con Estados Unidos. Este país reclama mercados completamente abiertos, y objetiva, por ejemplo, las bandas de precios chilenas, pero aparenta ignorar los cuantiosos subsidios directos o indirectos que paga a sus agricultores.

Con relación a Suiza, lo que no puede afirmarse es que el ingreso *per capita* de los chilenos sea mayor al de todos sus potenciales socios comerciales, y que dispongamos de industrias de todo tipo que puedan proveer empleo rápido a aquellos que podrían quedar sin trabajo por efecto de las importaciones de alimentos. Por otra parte, la estabilidad económica y monetaria de algunos de nuestros vecinos es de dudosa duración en el tiempo.

Por muchos años, el ingreso de los agricultores suizos se ha mantenido gracias a sus propias mejorías en eficiencia, unida a aumentos en los precios garantizados por el gobierno para los principales productos. Esto ha sido también verdad en Chile, y no se pueden discutir los espectaculares incrementos en los rendimientos del trigo, maíz, remolacha, cebada y otros cultivos, algunos de ellos favorecidos por las bandas de precios.

La mayor productividad y calidad de la industria frutícola y vinícola, se unen a lo anterior y a muchas otras instancias que deberían configurar un «milagro agrícola chileno», el cual no ha sido debidamente reconocido. No obstante, la base de sustentación es frágil y reversible. Una recesión mundial, como la que podría provocar el reciente ataque a las Torres Gemelas de Nueva York, podría afectar severamente las exportaciones nacionales de frutas, hortalizas y vino chilenos, las que constituyen mayormente un “suntuario” para los consumidores de los países importadores.

Suiza ha reconocido que el ingreso de sus agricultores no puede mantenerse en un nivel adecuado simplemente por el procedimiento de vender más alimentos a mayores precios. Tanto la producción, como los precios, deben mantenerse dentro de los límites que los mercados puedan absorber y los consumidores aceptar. Suiza reconoce la necesidad de subsidios a su agricultura, pero se está dando forma a la idea de que los subsidios directos deberían estar ligados a **cómo** se producen los alimentos, más que a **cuánto** se produce. Tales subsidios dependerían de la adopción de prácticas agrícolas que representen beneficios para el medio ambiente y toda la comunidad. En el Ministerio de Agricultura suizo se discuten otros aspectos que son fundamentales para la forma futura de la agricultura en el país. ¿Cuánto puede permitirse que disminuya el número de empresas agrícolas? ¿De qué tamaño deberían ser las empresas que subsistan para alcanzar mayor eficiencia? ¿Cuánto más pueden los agricultores reducir sus costos de producción?

Mientras tanto, hay quienes argumentan que sería más barato satisfacer las necesidades suizas de alimentos mediante importaciones, y olvidarse de la agricultura. Esto también se ha escuchado en Chile. Sin embargo, la opinión política prevalente es que Suiza debe tener un sector agrícola que:

- Provea al país con un nivel asegurado y adecuado de autosuficiencia alimentaria.

- Produzca alimentos humanos y

animales de alta calidad.

- Permita que la población se distribuya a través del país.

- Proteja al paisaje y al medio ambiente en forma efectiva y económicamente eficiente.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Suiza fue capaz de alimentar a su población, a pesar de las fronteras cerradas. Es difícil que se vuelva a producir esa misma situación, pero las importaciones de alimentos pueden verse restringidas por razones diferentes a una guerra. Cualquiera sean los problemas que el futuro pueda ocultar, existe el sentimiento generalizado que Suiza, como cualquier otro país, tiene el derecho a mantener su agricultura para asegurarse un cierto nivel de autosuficiencia en todo momento.

Suiza está en el difícil proceso de dar forma a una nueva política agropecuaria. Esta política tendrá que satisfacer tanto las necesidades internas como los deseos de los agricultores y del público, y las obligaciones internacionales del país dentro del marco del GATT, como del presente y futuro del mercado europeo, de cuya comunidad Suiza orgullosamente se ha resistido a participar.

Chile tiene que enfrentar una tarea similar, considerando su población rural y urbana, sus productores agrícolas, y sus compromisos internacionales vigentes y futuros, tanto de integración bilateral, como los celebrados con Argentina, Bolivia, Canadá y México, por ejemplo, los que a veces producen disgustos y perjuicios, como los multilaterales como el MERCOSUR y eventualmente el NAFTA, los que tienen que ser evaluados por todos los sectores nacionales invo-

lucrados, resolviendo lo que sea mejor para el país.

Dado el estado de saturación de muchos de los mercados suizos de alimentos, ya no es prioridad de la investigación científica aumentar la producción agrícola. El énfasis desde comienzos de la década del 70 se centra en la producción integrada de cultivos. La actividad de investigación y extensión tiene como objetivo el uso mínimo, bien justificado y oportuno de productos agroquímicos y fertilizantes. Los métodos de control biológico de plagas y enfermedades se investigan con intensidad y se aplican cuando es posible. Un grupo de miembros de la industria de protección de plantas, el sector maquinaria agrícola, y los servicios de investigación y extensión, están tratando de mejorar las técnicas de aplicación en frutas, vides y hortalizas.


Los programas de fitomejoramiento de trigo, plantas forrajeras, frutas y otras especies, tienen todos como meta principal mayor calidad, como también mejor resistencia o tolerancia a las principales plagas y enfermedades. Una cantidad importante de investigación se dedica a mejorar las rotaciones de cultivos, desarrollar técnicas de mínima o cero labranza para disminuir la erosión del suelo, y aumentar el uso de cultivos de cobertura para evitar la lixiviación de los nitratos durante el invierno.

La investigación también ha llevado a Suiza una selección de nuevas especies. Por ejemplo, en 1950 el maíz no se cultivaba en el país, pero en 1990 ocupaba alrededor de 60.000 ha (cerca del 20% de la tierra arable). La soya, arvejas de alto contenido proteico, triticale y kiwis, de los que no se

sabía hace 20 años, ya se cultivan en pequeñas superficies en varios lugares del país.

Manteniendo las debidas proporciones, mucho de esto se ha hecho o se está haciendo en Chile, en forma más bien espontánea que planificada. Los chilenos ya superamos el deseo fácil de que todo lo resolviera, para bien o mal, el gobierno. Pero eso no quiere decir que no se deba abrir un debate sobre estos temas, y que se le dé algún sentido a la palabra «reconversión», si es que lo tiene para la agricultura.

El medio ambiente está causando preocupación al gobierno, al sector productivo y al público, pero en general el enfoque es más bien negativo. Un ejemplo al pasar es el considerable terror que produce la denominación de una planta como «transgénica». No hay ciudad, pueblo o comuna que se precie en Chile que no se autodenomine «ecológico», y en Santiago abundan humeantes buses que se designan de igual forma. El observador medianamente informado se pregunta si los usuarios de esa palabra conocen su significado.

A pesar de todo, es preferible que se hable del tema en vez de ignorarlo, pero también sería conveniente que se definiera lo que es alcanzable en el corto, mediano y largo plazo, y se iniciaran o consolidaran esfuerzos para llegar a metas concretas. No es solución, el país lo sabe por experiencia, formar comisiones. Es posible que a nivel nacional se deba empezar por la educación infantil. Pero hay problemas productivos relacionados con el medio ambiente más inmediatos. La agricultura bien puede liderar el camino. 

**Facultad de Agronomía e Ingeniería Forestal
Pontificia Universidad Católica de Chile**

www.faif.puc.cl